

Memoria
III Foro Colima y su Región
Arqueología, antropología e historia

Juan Carlos Reyes G. (ed.)

Colima, México; Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, 2007.

Reflexiones en torno a la historia de la vida cotidiana en México.*

Pilar Gonzalbo Aizpuru

El Colegio de México

En primer lugar mi agradecimiento por la amable invitación que me ha permitido gozar de su hospitalidad, y gracias también a todos los presentes por darme la oportunidad de compartir con ustedes mis experiencias sobre el tema al que he dedicado mis últimos años. Porque todos, seguramente todos nosotros los aquí presentes compartimos un gusto, que en mi caso es toda una pasión por la historia, y no por cualquier forma de historia, sino por la historia cultural, y en este caso por la historia de la vida cotidiana, algo que es bastante nuevo, tiene pocas décadas, y que sin embargo nos ha dado ya unos avances importantísimos para conocer mejor nuestro pasado. ¿Qué es lo que nos atrae a todos de la vida cotidiana de nuestros antepasados? Nos atrae la posibilidad de identificarnos con alguien, y no porque no hayamos estudiado historia en distintos niveles sino porque esa historia no nos ha dado lo que querríamos saber, porque ciertamente tuvimos materias de historia en la primaria, en la secundaria, en la preparatoria, de tal manera que si alguna vez tuvimos un gusto, una inclinación, un afecto por la

* Transcripción de la conferencia dictada el 25 de julio de 2007, durante el acto inaugural del III Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima.

historia, los libros de texto se encargaron de quitárnoslo; lo que nos dieron fue lo más árido, lo más aburrido y lo menos expresivo, lo que menos nos importaba.

La experiencia quizá fue diferente en la universidad, pero lo que pudo cambiar nuestra perspectiva, lo que cambió mi mirada hacia la historia sucedió la primera vez que yo entré a un archivo y me cautivó. Ahí estaba la vida, eso es lo que quería. Quería conocer a la gente real, con sus pasiones, con sus sentimientos, sus frustraciones, gente que se parecía mucho a mí y a todos mis vecinos y mis paisanos. Me conmovió a mí y ¿qué es lo que nos conmueve a todos? Yo diría que hay algo que todos compartimos. Seguramente en nuestra adolescencia, un poco más lejana o un poco menos, todos leímos *Pablo y Virginia*, *Ana Karenina*, *La Regenta*... seguramente vimos representar *Romeo y Julieta*, y ahí nos dimos cuenta de una dimensión del amor que nos ayudaba a entendernos a nosotros mismos; pero también leímos *Los tres mosqueteros*, *Ivanhoe*, *Robin Hood*, que hablaban de valor, lealtad, caballerosidad, fidelidad, y nos daban una nueva dimensión de nuestros compromisos y de las relaciones sociales. Algunos pudimos disfrutar de la lectura de *El Príncipe* de Maquiavelo, o de las biografías de Talleyrand o de Fouché, y vimos los entresijos de la política, la suciedad de los arreglos en las esferas del poder, y así nuestro horizonte fue mucho más amplio, al mismo tiempo lo sentíamos cercano a nosotros y fantásticamente remoto en sus posibilidades de expansión. En contraste, cuando acudíamos al libro de historia, no nos decía nada de eso, nos decía muchas fechas, nos daba muchos nombres, y nos hablaba de victorias y de derrotas; era muy difícil que encontrásemos a nuestros abuelos, a nuestros tatarabuelos identificados con esos personajes, ni qué decir que nosotros no nos identificábamos. Caramba ¿es que la humanidad ha cambiado tanto en cien, doscientos o quinientos años? ¿No se enamoraban, no odiaban, no tenían ambiciones? Muchos quisimos averiguarlo y eso es lo que estamos haciendo cuando hablamos de la vida cotidiana.

Les voy a advertir que mi costumbre no es usar el plural mayestático. Cuando yo estoy hablando en plural no me refiero a que el espíritu santo y yo les estamos transmitiendo algo, es que siempre que hablo de este proyecto me refiero a mis colegas del seminario, porque un trabajo como el que hemos hecho hasta ahora y estamos haciendo, no es trabajo de una sola persona. Cuento con decenas de colaboradores en distintas ciudades, en distintos países, de distintas disciplinas. No podríamos haber avanzado tanto como lo hemos hecho sin ayuda de demógrafos, de antropólogos, de pedagogos, de sociólogos... es un trabajo colectivo, es un trabajo en el cual el seminario de la vida cotidiana ha colaborado no solamente trabajando en los textos sino además discutiendo ideas, ideas que

hasta cierto modo y hasta cierto punto se han plasmado en nuestra obra de seis volúmenes, pero de la cual nos quedan tantas preguntas, tantos problemas y tantas inquietudes, que después de eso ya hemos sacado otros dos libros, y ahora estamos trabajando en un nuevo congreso; hay todo un mundo por delante, que es todo ese mundo de los seres humanos que nos han precedido y que tenían tantos sentimientos, tantas aspiraciones, que no se pueden capturar en un libro y seguramente tampoco en una biblioteca.

Entonces ¿qué es lo que la historia de la vida cotidiana nos da? Vamos primero a buscar a los protagonistas, y resulta que nosotros no hablamos de héroes ni de villanos, para nosotros no hay alguien tan malo que no haya hecho algunas cosas buenas, y aquellos que tenemos por héroes y por buenos, con frecuencia hicieron también algunas cosas malas, así como ustedes, como yo; se equivocaron muchas veces, los unos y los otros se equivocaron para el mal, se equivocaron para el bien igualmente. En esto nos distanciamos, con todo el respeto, de la historia social, porque ciertamente la historia cultural no es más que una parte de la historia social, pero mientras la historia social juzga solamente por clases, los ricos y los pobres, los poderosos-los desposeídos, los dominantes- los dominados, para nosotros esas categorías existen, pero también existen hombres y mujeres, niños y adultos, gente del campo - gente de la ciudad, ateos y creyentes, ignorantes y cultos... hay tal variedad de posibilidades que el ser humano que nosotros buscamos no se puede clasificar solamente en los de arriba y los de abajo. Hay una variedad, una complejidad, que es la que da la riqueza y la expresión a nuestra historia.

¿Qué es lo que buscamos en estos sujetos de la historia? Buscamos todo lo que son creaciones del hombre en sociedad, y son creaciones del hombre en sociedad el Moisés de Miguel Ángel y el mole poblano, son creaciones de nuestra historia los chistes que nos hacen reír hoy, o los que hacían reír hace cien años y ahora no nos hacen ninguna gracia, las palabras que nos enojan, los gestos que decimos que son groseros, cuando no son más que un movimiento, un gesto; todo eso son creaciones culturales que nos están hablando precisamente de cómo vivimos. Los sociólogos, algunos sociólogos, nos dirán que las características de la vida cotidiana son la espontaneidad, la tradición y la falta de trascendencia. Vamos a ir paso a paso. ¿De verdad son espontáneos todos nuestros actos de la vida cotidiana? Podríamos pensar que sí porque efectivamente, cuando yo me levanto por la mañana me visto, salgo, me voy a trabajar, no estoy reflexionando en cada momento si salgo o no, si me visto de un modo u otro, si decido trabajar o descansar, pero eso no quiere decir que sean actos absolutamente espontáneos,

los hemos asimilado, los hemos aprendido a lo largo de los años, hasta llegar a darnos cuenta de cómo es que debemos comportarnos, qué gestos son correctos, qué expresiones está bien decir y cuáles más vale que nos callemos; simplemente, cualquier extranjero que llega a un país, aunque domine la lengua, puede decir una cantidad de inconveniencias que en su país resultarían bien dichas, y lo mismo en cuanto a actitudes, formas de saludar y de corresponder a un cumplido.

Pero efectivamente, para hablar de espontaneidad, primero tendríamos que hablar de educación, y por mi parte yo llegué a la vida cotidiana a partir de la educación, porque cuando discutía con mis colegas sobre mis estudios de historia de la educación colonial me reprocharon que prestase menos atención a la aritmética o la lectura que a las costumbres. Y es que, según yo lo veía y lo sigo viendo, es ahí, en las rutinas, donde se encuentran las formas más eficaces y duraderas de la educación. Por eso la historia de la educación no fue sólo el paso previo, sino el camino imprescindible para llegar a comprender la importancia de la vida cotidiana. No puedo separarlas porque siempre han estado unidas. Yo hablo de educación para la vida y de la vida inseparable de las costumbres. Y esto quiere decir que eso de la espontaneidad lo tenemos que tomar con cierta precaución.

Y ¿qué decir si hablamos de la tradición? Porque la tradición es intocable. Estoy aquí entre antropólogos que seguramente tendrán mucho respeto por las tradiciones; me van a perdonar que les diga que la mayor parte de las tradiciones de las que yo tengo noticia datan de hace unas cuantas décadas, a lo mejor de hace cien años, pero esas tradiciones “ancestrales”, rara vez son ancestrales de verdad; es muy fácil crear una tradición, en todo caso modificarla ¿Para qué serviría una tradición absolutamente estática y anquilosada? Si me dicen que una tradición se ha mantenido intocable trescientos años, tendré que contestarles que eso no es una tradición, es un cadáver; las tradiciones se mueven, cambian. Podemos considerar que esos actos tradicionales, como el que los niños le llamen de “usted” a su papá, por ejemplo, o los azotes en las escuelas, pudieron ser muy tradicionales por un tiempo, desde que un día comenzaron a serlo hasta que finalmente se abandonaron o se modificaron.

¿Y qué diríamos de esa irrelevancia, esa banalidad de los actos de la vida cotidiana? Tendríamos que creer que efectivamente hay actos irrelevantes, pero un economista ha dicho hace poco tiempo: –No te puedes ni comer un sandwich sin que alguien lo pague. Efectivamente, tampoco puedes decir una palabra sin que tenga repercusiones en algún lugar, tampoco se puede maltratar a alguien sin

que eso tenga repercusiones en otro más. Un ejemplo: la violencia de los padres con los hijos hace hijos violentos. Todo va a repercutir; no hay nada absolutamente gratuito; hasta los actos más simples cotidianos tienen una trascendencia, y ojalá que todos lo supiéramos cuando nos ponemos al volante muy impacientes y metemos el acelerador, que todos lo supiéramos cuando abrimos la llave del agua y la dejamos correr, o cuando utilizamos generosamente productos desechables que aumentarán la contaminación y el consumo de derivados del petróleo; porque no hay nada de estos gestos personales, individuales, intrascendentes, que no tenga repercusiones sobre alguien más.

Ésta es, pues, la vida cotidiana que nosotros buscamos, que a nosotros nos interesa.

Pero voy a entrar ya en lo que fue nuestro proyecto, lo que seguramente les interesa a ustedes, de dónde salió una obra, que en su género es única en América Latina, no porque no se haya publicado nada similar sino porque sus características la hacen diferente: más extensa, con mayor número de colaboraciones, abarcadora de un tiempo mucho más largo y de muchos más aspectos que las historias que conocemos sobre la vida cotidiana en Colombia, en Argentina, en Chile o en Brasil. El mérito adicional de nuestra historia es el respeto por la historia prehispánica, de la cual hoy sabemos ya bastante, mucho más que hace pocas décadas. Porque no olvidamos que nuestra vida, nuestra tradición, nuestra cultura, no empezó en 1521, y eso es algo que nuestra historia de la vida cotidiana recoge; y tampoco acabó en el siglo XIX, la hemos llevado tan cerca como hemos podido, no hasta el siglo XXI pero sí hasta muy avanzado el siglo XX.

¿Y cuál ha sido nuestro criterio fundamental? Lo que dijimos el primer día que comenzamos a hablar del proyecto, una frase que no es mía, es de Roger Chartier: “no hay que olvidar que los lectores no son estúpidos”. Claro, es obvio, ¿verdad? Pues pónganse ustedes a leer algún libro y se darán cuenta de cuántos autores piensan que de verdad el lector es estúpido; nosotros pretendemos que no. Si yo me encontré un documento que me emocionó, creo que al lector, no sólo a ustedes, especialistas, sino al lector no profesional también le va a conmover; si yo encuentro un testimonio que me indigna, creo que al lector común le va a indignar también. Lo que hemos llevado a nuestra historia de la vida cotidiana no son textos de difusión, no es una obra de divulgación, con mucho cuidado hemos puesto las notas muy chiquitas, al final, para que no le molesten al que no las quiera, pero el texto, los textos son investigación original; esa investigación original que generalmente tarda muchos años en llegar al público, porque desde que el investigador la pública, desde que el investigador la hace y consigue que se la

publiquen, hasta que va a pasar a los maestros, a los estudiantes, al libro de texto, pasan muchos años y se siguen perpetuando prejuicios, estereotipos, que no corresponden a nuestro conocimiento real. Lo fantástico de nuestra historia de la vida cotidiana es que la edición de cuatro mil ejemplares, que fue la inicial, se agotó en pocos meses; ya estamos en la segunda de otros cuatro mil. Para una obra científica, absolutamente científica de investigación, esto es un éxito extraordinario, que me hace sentir muy feliz, y me hace sentir feliz no sólo por mí, por el orgullo que yo siento, sino por mis compañeros, por el equipo que conseguimos reunir.

Como un avance de algo que quizá pronto les guste leer, vamos a entrar en esta historia de la vida cotidiana para ver qué nos ha dicho en estos terrenos, supuestamente simples, intrascendentes, espontáneos e irrelevantes; y, claro está, siempre con la ayuda de arqueólogos, antropólogos, sociólogos y otros especialistas. Eso lo reconocemos en todo momento. Así pues, vámonos muy lejos en el tiempo, vamos a Teotihuacán. ¿Saben ustedes que cuando yo estudiaba, hace bastantes años, desde luego, me hablaban de que la cultura teotihuacana era pacífica, que era una ciudad que vivía del comercio, que no había guerras y que no había violencia? Espero que hoy no lo diga ningún libro de texto. ¿Ustedes creen que aquellas madres que tenían un hijo de seis años no temblaban de horror cuando veían al funcionario del gobierno, que llegaba a llevarles a su niño porque había que enterrarlo en la pirámide? Porque cada una de las esquinas de cada uno de los pisos de la Pirámide del Sol tenía que tener enterrado un niño menor de seis años. ¿Eso corresponde a un pueblo pacífico? ¿Las madres se sentían muy felices de entregar a sus hijos? Pero hay más: cómo vivían, las calles que hoy se pueden ver, que hoy se pueden recorrer, las viviendas, cómo estaban distribuidas, cómo se agrupaban por especialidades artesanales, por su origen migratorio, por su nivel económico ¿Qué es lo que nos está diciendo? Conocemos mucho de la vida de Teotihuacán, pero hay algo más. ¿Para qué nos importa cómo se vestían, cómo se adornaban, cómo eran sus collares, sus tocados, sus tatuajes? ¿Para qué nos sirve?

Aquí los mayistas nos han dado unas ideas fantásticas, porque también, cuando yo estudiaba se pensaba que estos teotihuacanos, que habían establecido un área de influencia muy extensa, no habían interferido en el gobierno de otros pueblos y que su decisiva influencia en el mundo maya era más moderna, en la transición del clásico al posclásico: mayas y teotihuacanos habrían convivido sin presionarse. De la influencia teotihuacana reciente se pasó a investigar en etapas más antiguas, o sea en la época clásica. Los mayistas, los arqueólogos y en

especial los epigrafistas, mediante la lectura de los textos y la interpretación de las imágenes talladas en estelas, han averiguado muchas cosas de la historia maya; entre otras, que los teotihuacanos estuvieron allí, y no exactamente como comerciantes o como amigos. Lo saben por los tocados, los collares, el atuendo, los adornos. Y saben, además, el tipo de relación que establecieron: una relación de dominio, de poder por una parte y de sumisión por la otra. De nuevo ¿cómo lo sabemos? Por las actitudes y los gestos. La visita de unos señores teotihuacanos a varias ciudades mayas coincidió con la muerte de los señores que las regían y la instalación de nuevos señores o dinastías. Oportuna y excepcional epidemia que sin duda permitió realizar un cambio de poder favorable a los visitantes. No soy mayista y sólo pretendo subrayar la importancia de elementos culturales en apariencia insignificantes, como el vestido o los gestos para apoyar las hipótesis sobre momentos críticos de la historia antigua.

Pero vamos a otro tema, sin abandonar el mundo maya anterior a la llegada de los españoles. ¿Qué posición tenían las mujeres? Sobra decir hasta qué punto las mujeres son protagonistas fundamentales en la historia de la vida cotidiana, esta historia del acontecer diario en el que parecería que no pasa nada digno de estudiarse. Todavía las feministas insisten en buscar mujeres excepcionales: intelectuales, artistas y gobernantes, que finalmente son eso, excepcionales. Porque las mujeres han pasado la mayor parte de su vida en su hogar, y no sería pequeña su aportación a la cultura universal si nada más hubieran creado esa realidad del espacio íntimo, familiar. Pero las excepciones sirven también para apreciar que no existía un rechazo absoluto hacia las mujeres poderosas, sino que sus posibilidades de desempeñar una función importante dependían sobre todo de su posición social y de las circunstancias.

Fue el caso de la señora Tzuk de Naranjo, a donde llegó como representante de la poderosa dinastía de Palenque. Y su autoridad es superior a la de su marido, el señor de Naranjo, lo que sabemos gracias a las imágenes que la representan realizando los sacrificios rituales que correspondían a la autoridad suprema de Palenque. La señora se menciona en las inscripciones y es la que aparece en el ritual de la perforación de la lengua con una cuerda, autosacrificio de purificación y ofrenda de sangre noble propia de las celebraciones solemnes que atraían la indulgencia de las divinidades y refrendaban el poder. Y sigue siendo ella quien representa a la autoridad después de muerto su marido y cuando el heredero es su hijo. Este cambio de funciones responde al reconocimiento de que el linaje de ella es superior y a que ella ha llegado para restablecer un orden en el que debía consolidarse la obediencia a Palenque. La posición de la señora,

de la actitud de quienes la acompañan, el ritual que está realizando, todo esto nos lo han dicho gestos, aspectos, adornos y signos de reverencia capaces de explicar muchas cosas.

Sin abandonar el área maya vamos a encontrar ejemplos de la importancia de lo cotidiano en la época colonial. Cuando los mayas llevaban varias décadas soportando el yugo de los conquistadores españoles, ya pensaban que no podrían seguir soportando el pago del tributo, los abusos, los malos tratos, los castigos, la falta de sus ídolos, la censura de sus costumbres, y poco a poco, o en grupo, se fueron escapando de las zonas españolas para esconderse en la selva; las regiones de refugio, según las definió Aguirre Beltrán. Estas regiones de refugio que se van a encontrar en el mismo Yucatán, en Quintana Roo, sobre todo la zona de Bacalar, inaccesible para los españoles, en donde estuvieron dispuestos a recuperar su identidad: querían volver a sus dioses, sus rituales, sus formas de trabajo y sus costumbres. Nada de religión católica, nada de trabajar para los españoles, ellos volverían a ser indígenas puros... y por eso cuando se llevan todos los elementos que necesitan para el culto, incluyen una imagen de la virgen María, las casullas del sacerdote, la dalmática, con lo cual van a celebrar sus oraciones indígenas; pero además van a trabajar la tierra, pero la van a trabajar con un machete de fierro, es mucho más práctico que las hachas de piedra que usaban antes, van a comerciar con las poblaciones cercanas, y, sin embargo, están convencidos de que ellos están recuperando su identidad. Como ven ustedes, son signos que nos hablan de que la política y la vida cotidiana no siempre coinciden y de que la identidad puede ser o necesariamente es flexible, cambiante y acomodaticia.

Pero vamos a seguir en la época colonial, en la que hay tanto y tanto que se puede decir en relación con la creación de hábitos y costumbres. En ella se han estudiado muchos de los que se consideran nuestros problemas, problemas de identidad, problemas de seguridad, como por ejemplo el mestizaje y la ilegitimidad. ¿Cuál es el estereotipo? Si a cualquiera que haya leído un poco, o que haya estudiado sus textos de primaria le preguntamos por estos temas, en seguida dirá que el mestizaje se produjo porque los españoles violaban sistemáticamente a cuantas indias se les ponían a su alcance. Algo similar en relación con la ilegitimidad, que, obviamente era consecuencia de lo anterior: sin duda los pobres indios eran ilegítimos... Pero acudimos a fuentes confiables, los registros parroquiales, y ¿qué es lo que nos dicen? Nos dicen que en el campo las costumbres siguieron siendo las mismas, no hubo grandes cambios, seguían siendo las autoridades locales las que decidían los matrimonios, seguía siendo la

casamentera la que organizaba las uniones, seguían uniéndose para toda la vida las parejas, y seguían teniendo hijos dentro de la unión, o matrimonio, que podía tardar en consagrarse canónicamente por falta de sacerdote, pero básicamente eran monógamos.

En contraste con la conservación de las tradiciones en el campo, la vida en las ciudades era muy diferente. En la Ciudad de México –que siempre se consideró demasiado grande–, mediando el siglo XVII, en promedio el 43% de los bautizos eran hijos ilegítimos. ¿Es imaginable la marginación de casi la mitad de la población? Y, si bien es cierto que una mayor parte de los hijos de negros eran ilegítimos, ellos sólo aportaban el 2% de los bautizos registrados. Tampoco eran indios, que debían registrarse en sus propias parroquias y que cuando lo hacían en las parroquias de españoles presentaban a poquísimos ilegítimos. No, entre los indios vecinos de la capital las proporciones de ilegitimidad son bastante más altas que en el campo, pero mucho, mucho más bajas que en los otros grupos, llegan hasta el 17%. Cuando hablo de ese 43% estoy hablando de las parroquias céntricas, concretamente el Sagrario, la Santa Veracruz y Santa Catarina (son las parroquias que tenemos trabajadas). A mediados del siglo XVII, en la parroquia de la Santa Veracruz el 36% de los bautizos de ilegítimos son efectivamente de las castas, mestizos y mulatos, moriscos y castizos; en esa misma parroquia el 32% de los nacimientos ilegítimos son de españoles. Apenas hay diferencia del 36% al 32%. Y cuando estoy hablando de ilegítimos españoles, no estoy hablando del español que persiguió a la india, estoy hablando de la española que llega a bautizar a su hijo, acompañada generalmente de su padre o de su hermano, que puede ser un modesto artesano o comerciante o incluso un oidor de la audiencia o regidor del ayuntamiento, quienes llegan como padrinos o como testigos del bautizo. Son por lo tanto verdaderamente españoles, hijos de una mujer española; probablemente el padre también fuera español, podría ser que no, podría ser mestizo, indio o mulato, lo que me consta es que la madre era española, porque ella era quien lo reconocía. Hay algún caso excepcional en que es el padre el que lleva a bautizar a la criatura; también son casos interesantes, pero pocos, poquísimos.

Aun así las cifras de ilegitimidad no son tan elevadas; la diferencia está en que la parroquia del Sagrario, tanto entre españoles como entre castas la ilegitimidad es mucho más alta, por eso de ese 36 de que les estaba hablando se dispara hasta el 43%, porque en el Sagrario sí hay una gran cantidad de ilegitimidad, superior entre las castas, pero más alta entre los españoles que entre las castas de Veracruz. Son dos parroquias vecinas, a poco más de cien metros

de distancia. La gran diferencia es que en el Sagrario viven los señores más encumbrados, con sus siervos, sus esclavos, sirvientas a su disposición y nadie que se atreva a criticar su comportamiento, mientras que en la Veracruz viven artesanos, y los artesanos, a la hora que están trabajando, o vendiendo sus cosas del taller, no establecen barreras ni en el matrimonio ni en las costumbres. Viven españoles pobres o de modestos recursos junto a mestizos o mulatos, completamente mezclados, porque unos y otros son trabajadores pobres pero bien asentados, que ya tienen costumbres muy parecidas, porque se están fundiendo tradiciones diversas, lo mismo que años más tarde se van a fundir esos indígenas que todavía conservaban sus costumbres antiguas, y que para fines del siglo XVIII ya están casi, a la misma altura, en cuanto a ilegitimidad, de españoles y castas. La vida urbana es el crisol donde se han fundido culturas, razas y costumbres.

Y ¿qué diremos del mestizaje? Les confieso que durante años trabajé con miles de registros, para intentar discernir quiénes eran de un grupo o de otro, qué características, cómo podía identificar al negro, al mulato, al mestizo, hice listas, intenté tendencias, hasta que finalmente, convencida de que eso no me servía para nada, que no me estaba dando la realidad, encontré un documento que no había visto, y que me aclaró las cosas. Cuando yo veía que los matrimonios de negros tenían medio hijo por pareja, mis amigos demógrafos me decían: estás loca, eso es mentira. Sí, es mentira, pero el registro parroquial me dice que por matrimonio alcanzaban a medio hijo, es decir: la mitad de los matrimonios no tenían ninguno y la otra mitad tenía uno. Demográficamente es increíble. ¿Y qué pasaba entonces con los mulatos? Esos sí alcanzaban a tener uno por pareja. ¿Y los mestizos? Esos tenían dos y medio. ¿Y los españoles? Esos tenían cuatro. Habrá quien diga: porque se alimentaban mejor, pero demográficamente eso es insostenible. ¿Cuál era la realidad?

Como les digo, después de haberme convencido de que yo no podía resolver aquel rompecabezas, encontré la carta del arzobispo Fonte, que en el año 1817, contesta a varias reales cédulas, en las cuales le están reclamando por qué ese desorden en las parroquias de la Nueva España, donde no se lleva con el rigor debido la clasificación por calidades. Y el arzobispo responde con la advertencia de que los párrocos no tienen obligación de decir otra cosa, más que si se cumplió con los sacramentos, si se bautizó, se caso o se enterró; en cuanto a la calidad, eso no es de incumbencia de los párrocos, lo anotaban en los libros correspondientes porque así lo habían ordenado las autoridades, pero estaban muy dispuestos a eliminar esa clasificación. Y aún añade que ningún párroco faltaría a la caridad, diciendo a los padres de una criatura que su información es

falsa, que su hijo es de otra calidad diferente. Por lo tanto se anota la calidad que se les dice, aunque sea evidente que están mintiendo. Así que ya ven ustedes cuanto tiempo perdí yo en mi lista de mulatos, para que el arzobispo me viniera a decir: esa clasificación no sirve para nada. Porque además advierte que la fe de bautismo no es prueba en ningún trámite, lo cual no era cierto, porque durante más de doscientos años era el único documento que atestiguaba legitimidad y limpieza de sangre. Desde luego que, si bien no sirve como argumento del cruce biológico, no deja de ser importante como testimonio de las relaciones sociales; porque nadie se habría molestado en mentir si una “mejor” calidad no hubiera representado alguna ventaja, al mismo tiempo que confirmamos lo que hace tiempo veníamos apreciando: que pasar de una calidad a otra era frecuente en la sociedad colonial.

Ahora bien, ya que la calidad significaba tanto en la escala social, interesa saber qué era o cómo se valoraba la calidad. No era algo tan aparentemente simple como una clasificación racial: blanco, indio, negro. No, era algo mucho más complicado. En la calidad tenía importancia el origen étnico, pero la misma importancia tenían el reconocimiento profesional, el prestigio, la legitimidad familiar, la posición económica...

En fin, hay mucho, muchísimo más que decir, porque como ustedes ven, son muchas las cuestiones de la época colonial que nos afectan y nos importan el día de hoy. Yo veo con sentimiento, tanto en los institutos de investigación como en las carreras de historia, como en el colegio, en publicaciones, veo un desinterés por la época colonial; parece que nada más trabajamos con vejestorios que no sirven para nada. Ciertamente son testimonios viejos, pero tan personales, tan vitales, tan integrantes de nuestra identidad que nos permiten acercarnos como si nos hablasen de algo que sucedió ayer.

Podemos pasar al siglo XIX, del cual lamentablemente tenemos muy poca información, y no tenemos poca información porque no abundan los documentos, por cierto que no; a decir verdad, una de las dificultades de trabajar con las épocas modernas y contemporánea, es que hay demasiada documentación, y casi toda dice mentiras. Ustedes me dirán que también en la época colonial mentían, sí, pero no tanto. Es verdad que mienten, mienten por ejemplo los cuadros de castas, y hay algunos documentos que también mienten, pero por lo regular hablaban con descaro, con desenfado, con naturalidad, como cuando dice un hacendado: mis esclavos están muy levantiscos, mis trabajadores no trabajan, necesito que vengan padres de la Compañía de Jesús para que les den ejercicios espirituales y así estén dóciles, obedientes y domesticados; para eso servía la

doctrina, eso esperaban de los sermones y las meditaciones tenebrosas sobre el pecado, el infierno o el juicio final. Cuando hablan de educación, se refieren a que es necesario educar a los niños para que ya no sean rebeldes y revoltosos, para que no tengan iniciativa propia, que les llevará a conductas pecaminosas: es necesario que estén bien disciplinados. Para eso era la educación, lo decían así, claramente, no les daba vergüenza; no decían: la educación es para superación personal, no, la educación es para someterlos, para quitarles todo rasgo de imaginación, para homogeneizarlos.

Como les digo, quienes trabajamos la época colonial tenemos que hacer un gran esfuerzo para encontrar los documentos, para leerlos. A veces es terrible. Cuando nos dicen que en el siglo XVI escribían muy buen latín, querría yo verlos enfrentarse a un documento en paleografía del siglo XVI, escrito por fray Bartolomé de las Casas por ejemplo, en un latín terriblemente confuso; yo creía que sabía traducir latín, porque traducía a Cicerón y a Julio Cesar y a Tito Livio, me encontré con que los documentos del siglo XVI no son iguales a los clásicos. Pero efectivamente nuestra dificultad está en encontrar el documento, identificarlo, leerlo, interpretarlo. ¿Cuál es el problema de los historiadores del siglo XX? Tienen miles de documentos, casi siempre contradictorios y casi siempre mentirosos. Informan profusamente de grandes logros como el aumento en el número de escuelas, la construcción de kilómetros de carreteras, la expansión de los sistemas de salud, la solidez de la economía, la proximidad de una era de prosperidad.... este es, sobre todo, el problema de mis compañeros que trabajan el siglo XX. ¿A quién creer? ¿Cómo confrontar y aclarar los datos?

En la época colonial tenían adicción a los documentos, sacaban un expediente o un testimonio, dejaban una copia en la Nueva España y mandaban otra copia a la corte, de donde pasó al Archivo de Indias o a dos o tres archivos generales del reino. Aunque se hayan perdido muchos, generalmente se ha conservado alguno de ellos. Eran terribles los trámites farragosísimos, porque todo estaba centralizado. En el siglo XIX el problema es de otra índole porque la administración se diversifica: cada estado, cada municipio va a tener su documentación aparte; es más difícil trabajarlo. Por esa razón, cuando nos ponemos a buscar nos cuesta trabajo encontrar investigaciones correspondientes a todos o a la mayoría de los estados. Hemos conseguido bastante para nuestra historia de la vida cotidiana; tenemos bastante documentación inédita de Yucatán, de Veracruz, de Oaxaca, de Nuevo León, de Durango, de Chihuahua, pero no tenemos documentos de todo el país, cuando menos no para todas las épocas. Por supuesto, si hablamos de la época colonial no hablo de estados, hablo de

regiones, de audiencias, de obispados. Pero, en todo caso, del siglo XIX tenemos asuntos bastante interesantes.

Uno de los casos que aparece en el tomo IV de nuestra historia, es el de una señora acomodada de la ciudad de Durango, de una familia reconocida, doña Nepomucena Alcalde, que cometió la ligereza de casarse con un hombre de malas costumbres. La señora llevó una buena dote, que en manos de su marido se fue consumiendo. Además, pasado el tiempo el marido la golpeaba, se emborrachaba, la maltrataba, la insultaba; la señora consideró que era insoportable, hubo pleitos, acudieron a las autoridades, pidieron que viniera un testigo... Finalmente un día, parecía que ya estaban en paz, el señor apareció muerto, y claro está, la primera culpable, la primera sospechosa fue doña Nepomucena, pero su abogado consiguió que culpasen a un antiguo trabajador, que efectivamente guardaba gran rencor hacia su patrón, que lo había expulsado de mala manera, y finalmente condenaron al empleado y ella no salió muy mal librada aunque sobran indicios para sospechar de su complicidad. Es una de las pocas veces en que contamos con la sentencia. Cuántas veces, ustedes que han trabajado los archivos, se encuentran con esta terrible decepción de que después de tener un gran expediente, se quedan sin conocer la sentencia.

Muchas veces me he preguntado ¿qué hacían con la sentencia? ¿La ponían en un papelito y lo sacaban aparte, y ya no se quedaba en el expediente? El caso es que con frecuencia nos quedamos sin saber lo que pasó en definitiva. Y hay veces que resultan ser bastante exitosas, como el caso de una señora que en los últimos años de la Colonia (estamos ya en el siglo XIX) ha vivido durante veinte años con un regidor del ayuntamiento de la Ciudad de México, con el cual tiene tres hijos; los muchachos ya son grandes, y al morir el señor ella acude a las autoridades y utilizando un artículo de las Siete Partidas, se refiere a que vivieron con *affectus maritalis*, como consta a todos sus vecinos. Por su calidad, por su dignidad, era lógico que él no podía casarse con ella que era mulata, pero todo el mundo sabía que ella y sus hijos habían vivido en la misma casa, comían en la misma mesa, ellos habían estudiado, y por lo tanto a todos les constaba que eran hijos del regidor; ahora ella pedía la legitimación de sus hijos. Sorprendentemente tenemos la sentencia: los legitimaron. En la mayor parte de los casos solamente podemos imaginarlo.

Pero qué es lo que sucedía algunas décadas más tarde, ya cuando entraron en vigor las leyes liberales. Porque tenemos la idea de que las cosas siempre fueron peores, que cada día vivimos mejor, y que nosotros somos los que vamos a rescatar a las pobres mujercitas y a los pobres inditos que vivieron

humillados y sometidos y que no sabían nada más que obedecer. Pero ¿en qué consistió la liberación ofrecida por la legislación liberal? En efecto podemos considerar que las leyes liberales liberaron a los hombres, los sacaron de la sumisión a las cofradías, las hermandades, los gremios, los hicieron independientes... A los hombre sí. ¿Y a las mujeres? ¿Qué pasó con las mujeres? Las leyes parecían ideales en el papel, pero de ningún modo eran iguales para hombres y mujeres. Cuando había algún pleito doméstico, no solamente el marido, sino el alcalde de barrio podía investigar la causa del alboroto, y siempre que el marido culpase a su esposa de ocasionar el pleito podía recomendar que la encerrasen, y no en un convento o en un recogimiento sino en un obraje donde no representase un gasto para su marido y, en cambio, se sometiese al trabajo forzoso por el tiempo que les pareciera conveniente. Eso en la época colonial no pasaba, pero sí en el siglo XIX; se llevaban a las mujeres y a veces las tenían detenidas una semana, trabajando en una panadería o en un taller textil, porque así lo había decidido el marido, y lo había aprobado el alcalde de barrio, que tenía jurisdicción para ello. Claro que no podía ser una sentencia de años, pero una sentencia de una semana o de quince días, claro que sí, “pa’ que aprenda”. ¿Para que aprenda a qué? ¿A someterse? Exactamente eso es lo que pretendían y lo que en buena medida se consiguió. Y otra cosa más, estábamos hablando de los elevados, elevadísimos índices de ilegitimidad en la época colonial; no bajaron mucho, bajaron un poco, pero no bajaron muchísimo en el siglo XIX. Lo que cambió radicalmente, fue que las leyes prohibieron la investigación de paternidad. Cuando una mujer decía que había vivido con un hombre durante cinco o diez, o cincuenta años, y que por lo tanto pretendía que la ayudase a mantener a sus hijos, se prohibía la investigación de paternidad, aun en los casos en que él no lo negaba; eso no se tomaba en cuenta sino que el abogado podía decidir si el padre de las criaturas (o presunto padre, en todo caso) tenía que pagar algo, en vista de que había sido una unión ilegal, lo que descalificaba el comportamiento de la mujer. Así funcionaban las cosas.

Estos son algunos de los testimonios que tenemos de la vida en el siglo XIX. Como digo, tenemos poco, no se ha trabajado mucho, sabemos mucho más de la Colonia que del siglo XIX. Ya para el siglo XX, en medio de ese farrago de preciosísima información, recurrimos a la historieta, al comic, al periódico, a los anuncios, recurrimos también al cine. Por supuesto que el cine y la televisión no nos van a dar la realidad, absolutamente no, pero sí nos van a dar el ideal, el modelo, la representación colectiva: así deberían ser los matrimonios, así deberían ser las casas, así debería ser la vida. Eso es lo que se encuentra,

riquísimo, en la variedad de información, información gráfica, las fotografías de la prensa del siglo XX. Y como ven, todavía queda mucho por hacer.

De momento nada más les anuncio que dentro de unos meses tendremos una colección de trabajos sobre el miedo, el miedo colectivo, no el miedo individual que tengo a caerme por la escalera, o el miedo a que me contagie de una enfermedad; no, hablo de ese miedo colectivo, cultural, manipulado, ese miedo que puede ser manejado por las autoridades, ese miedo del cual se aprovechan quienes tienen la capacidad de hacer que otros sientan miedo. El miedo al pecado, al infierno, al terrorismo, al desorden, a la secularización, al comunismo...; todos esos miedos que a alguien le han servido para tomar algunas decisiones, para someter a algunas personas. Y no se agotan los temas. Hay mucho más de lo que podríamos hablar: sufrimiento, felicidad, objetos materiales... El trabajo está ahí, para que todos continuemos con él.

Muchas gracias